



El valle Grande

Hermoso lugar de recreación situado a sólo 7 Kilómetros de la ciudad de Mérida, al norte de la meseta. Allí el turista amante de la tranquilidad, el aire puro y la naturaleza, puede apreciar las bellezas del paisaje que esconde la sierra de la Culata y un valle muy bucólico y apacible, regado por las aguas espumosas del río Mucujún. En el pasado, se denominaba el Valle de los Alísares o Valle de Carrasco, debido a los bosques de aliso que allí se encuentran en las riberas de algunas quebradas. Estos terrenos eran ejidos de la ciudad de Mérida.

Para ir hacia el Valle, tomamos una vía que parte de la carretera Transandina a la altura de la Vuelta de Lola en las puertas de la ciudad. La carretera, algo angosta, va recorriendo todo el valle del río, atravesando aldeas, pequeños caseríos, sembradíos y corrales de ganado.

Se inicia la travesía por la aldea San Benito, formada por algunas casas apiñadas al borde del cauce profundo del Mucujún. Al final de una explanada, como un centinela, se destaca por la blancura de sus muros una pequeña capilla. Desde ella se columbra

una vista espectacular del amplio panorama del valle, donde los distintos tonos del verde de los cultivos, semejan paños rectangulares que van formando un tapiz de hierba a los pies de la montaña. En San Benito nos detenemos en sus ventas de comida casera, donde los tradicionales pasteles de queso y carne y la espumosa chicha de maíz fermentado son de obligada consideración para los paladares amantes de las comidas típicas.

Después de dejar atrás a San Benito, atravesamos un paso de montaña bastante dificultoso, donde la carretera se abre paso a los lados de la roca desnuda, pasando cerca del precipicio de más de cien metros de altura por encima del cauce del río. Afloran aquí unas formaciones geológicas del eoceno caracterizadas por grandes concentraciones de arcilla y capas gruesas de areniscas. Al salir de este paso, llegamos a la aldea de El Playón. En este lugar abundan las ventas de artesanía popular, como vasijas de barro y de cerámica, cestas y las sabrosas mermeladas de fresa y de mora.

Luego nos adentramos entre cercados de piedra que limitan los terrenos para el ganado. Las frondas rumorosas de los esbeltos pinos, cipreses, alisos y sauces que crecen entre los verdes prados del quicuyo, sirven de marco ideal a las bonitas instalaciones de San Javier del Valle: un centro de retiro espiritual enclavado en la montaña y aislado del mundo, como un viejo monasterio medieval. En San Javier quedará grabado para siempre, en un hermoso monumento, el recuerdo de aquellos niños estudiantes del Colegio San José de Mérida, quienes fallecieron trágicamente en un accidente de aviación el 15 de Diciembre de 1950. Eran 27 estudiantes en total, quienes se dirigían hacia Caracas, para disfrutar de las vacaciones. Para honrar la memoria de éstos jóvenes se construyó un centro de retiro y una capilla muy hermosa, con un precioso altar tallado en madera, obra del escultor Berecibar. Allí aparecen los retratos en alto relieve

de los 27 niños. El acceso a estos lugares para los visitantes, se limita a los fines de semana.

Más arriba de San Javier, se encuentran las instalaciones del colegio Fe y Alegría, institución ésta que forma jóvenes para el trabajo en carpintería, agricultura, herrería y otros oficios. También cuenta este complejo con un hotel para visitantes: La Hospedería, situado en medio de un pedazo maravilloso de montaña, desde el cual se divisa a plenitud el Pico Bolívar.

Continuando nuestro recorrido, podemos llegar al sector de El Arado, donde se puede disfrutar de la comida típica de la zona: la sopa de arvejas, la trucha al ajillo, los pasteles de trucha y el mondongo. En este punto del camino nos podemos desviar hacia el oeste para ir hacia una truchicultura o criadero de truchas, que se encuentra en la parte alta del valle de una quebrada.

Hacia la parte alta del valle del Mucujún, al sobrepasar la línea de los dos mil metros de altitud, nos sorprende un paisaje que se asemeja a los Alpes europeos, por el verdor de sus pastos y los montes rocosos que los circundan. Este sector llamado la Culata es una de los más hermosos de todo el estado. Nos encontramos a lo largo de la vía con hoteles y posadas de todos los tamaños, precios y estilos. Algunos disponen de bonitas y acogedoras cabañas como los de Valle Grande y el Páramo La Culata. El valle se hace más amplio y toma la forma de U, debido a la acción de las glaciaciones. Podemos observar las morrenas y las piedras dejadas por los glaciares en su retroceso. La vegetación va cambiando, a medida que ascendemos y la vista se deleita con los verdes pastos para el ganado de leche, raza Holstein, y los cultivos de papa. Al final del camino nos encontramos con una pequeña bodeguita y un lugar para estacionar los carros. Desde allí se inicia el ascenso a pie hasta los picos y lagunas de la Sierra de La Culata como lo son El Campanario a 4.325 m. y Pan de Azúcar a 4.620 m.